

VI

Un domingo por la mañana, Isidro y Feli bajaron al Rastro.

La tarde anterior el joven había hablado con acento de resolución.

—Feli, de mañana no pasa. Ya es hora de vivir juntos. Estoy harto de que vaguemos por los desmontes como gitanos. Yo trabajo para ti y tenemos derecho á formar nuestro nido.

Feliciano dudó un instante. ¿Y su padre?... Pero una mirada de él bastó para vencer su resistencia. Estaba en plena embriaguez de amor, sin otra voluntad que la de adorarle y seguirle. ¡Con él! ¡con él! aunque hubiese de renegar de todo su pasado.

Maltrana tenía dinero y se aburguesaba, según decía él irónicamente, al hablar de su opulencia. Necesitaba poseer una casa, vivir bajo un techo que fuese suyo, tener un refugio donde encerrarse y trabajar acariciado por el calor de la intimidad amorosa.

Su obra, «El verdadero socialismo», estaba próxima á terminarse. Había trabajado con gran actividad: escribiendo durante el día en la Biblioteca Nacional, en el Ateneo, allí donde encontraba silencio y libros. La tarea avanzaba rápidamente,

sin que se le olvidasen las recomendaciones del marqués de Jiménez, gran amigo de la erudición. Cada página llevaba al pie un buen cimiento de letra menuda y apretada, citando autores de todas las naciones, libros de todas las literaturas, y hasta largos fragmentos en diversos idiomas.

No hacía afirmación, por simple que fuese, que no la acompañase con el testimonio de media docena de escritores. El autor caminaba despacio, con largos titubeos, pero cuando avanzaba el pie, lo ponía en firme, como hombre á quien guían y llevan del brazo todos los sabios de la tierra.

La erudición corría como un torrente por la parte baja del libro. Amontonábala Maltrana con una facilidad exenta de escrúpulos. Cuando quería demostrar algo con textos ajenos y no los hallaba á mano, valíase del ilustre Murfinos, de la Academia de Noruega, de Max Stradivarius, célebre catedrático de la Universidad de Gottinga y otros sociólogos no menos fantásticos, inventados por él, para deslumbrar á su cliente. Al fin, él no había de firmar la obra. El marqués de Jiménez recibía un capítulo cada dos días, y, al copiarlo de su letra (á pesar de sus grandes ocupaciones), admirábase de la sabiduría del joven.

—Esto va á dar golpe—pensaba.—Tal vez es demasiado bueno: hay que poner un poco de estilo propio.

Y para comunicar á la obra el «estilo propio», cambiaba de lugar las comas ó el orden de las palabras; escribía *ilustre* allí donde Maltrana había puesto *célebre*, ó viceversa. Un trabajo pesadísimo para él... ¡Y aún habría quien dudase, al publicar el libro, de que era obra suya!...

Maltrana, obligado á trabajar durante el día, había abandonado el cuartucho de la calle de los

Artistas, ya que su único camastro lo ocupaban por la noche el señor José y su hijo. El joven dormía en Madrid, en el hospedaje de un compañero de bohemia, pero esto era con carácter provisional.

Necesitaba una casa. Le repugnaba vagar con Feli todas las tardes por los campos inmediatos á los Cuatro Caminos, acompañándola después á su barrio, cuando cerraba la noche.

El *Mosco*, aunque no ponía gran atención en los actos de su hija, comenzaba á mostrar cierta extrañeza por la tardanza con que se presentaba de vuelta del taller, alegando ocupaciones extraordinarias para justificar su retraso.

Las áridas cercanías de Madrid, embellecíanse con la llegada de la primavera. Cubríanse los cerros de verde, al crecer la cabellera de las cebadas y los trigos. En las cañadas, los grupos de almendros adornábanse con flores; unas, blancas como el nácar; otras, sonrosadas con el color de la carne femenil. Las lilas pendían como racimos de violetas de las altas ramas. Zumbaban los insectos, ebrios de calor y vida; aleteaban los pájaros, poblando el follaje de estremecimientos y suspiros; chirriaban los primeros grillos, ocultos en la hierba. El campo parecía embellecerse, para ocultar en sus espesuras las caricias del amor, para arrullar á las parejas con los perfumes y cantos de su vida exuberante.

Junto á la huerta del Obispo, un camino bordeado de almendros atraía todas las tardes á Isidro y Feli. Paseaban cogidos del talle entre los árboles, que extendían sobre sus cabezas una bóveda de flores. Sus corolas rojas, inflamadas, parecían abrirse para saludarles.

—Míralas—decía Feli;—son boquitas que nos sonríen, que quieren hablarnos.

Maltrana aceptaba esta cándida afirmación de la muchacha. Sí; eran bocas de flor que se abrían para decir á Feli que era muy bonita.

—Y yo—continuaba con gravedad—me adhiero á la sabia opinión de este mitin florido.

La brisa de la tarde estremecía los árboles, y una nevada de pétalos caía sobre Feli enredándose en su peinado.

Sentábanse en los ribazos cubiertos de hierba, y, al hablarse, arrancaban las margaritas silvestres que crecían al alcance de sus manos. Así esperaban la llegada del crepúsculo, y las sombras les sorprendían muchas veces en las inmediaciones del canal silencioso y profundo que había presenciado sin un murmullo, con la bonachona complicidad de la luna, la comunión primera de su amor.

Feli vivía en dulce somnolencia, absorta por su felicidad, algo asombrada de que el mundo guardase ocultas tantas delicias. Todo le parecía bueno: se abandonaba con sublime impudor; sentíase capaz de caer en los brazos de Isidro en plena glorieta de los Cuatro Caminos, con el mismo arrobamiento que si estuvieran en despoblado.

Maltrana era más exigente y descontentadizo. ¡Muy bonito el campo en primavera, con su ambiente poético, y aquellos crepúsculos que eran lo mejor del mundo! Pero ellos no iban á permanecer así toda la vida, vagando como perros enamorados en busca de un rincón solitario, huyendo de las gentes, estremecidos de espanto al menor ruido.

Además, pensaba en el *Mosco*, que podía sorprenderles, enterado de lo que ocurría por cualquier murmurador. No nombraba á su terrible amigo, pero le parecían peligrosos é insostenibles estos idílicos encuentros en campo libre, cerca de las Carolinas.

Isidro tuvo la audaz resolución de los débiles. El miedo al *Mosco* le hizo ser atrevido y arrosstrar el peligro de una vez... ¿Era de veras que Feli le quería? Pues á seguirle: á vivir juntos, olvidados de todo lo que no fuese su amor.

Los dos hablaron sin emoción alguna, con el egoísmo de la pasión, de abandonar al padre, de engañar al amigo.

Maltrana tenía dos mil reales, un capital, pues jamás había visto tanto dinero. Vivirían en el interior de Madrid, donde no les conociesen. Serían marido y mujer para las gentes que sólo comprenden el amor con documentos y sellos. Más adelante, cuando tuviesen hijos, ya pensarían en el matrimonio. Feliciano, vencida en sus últimos escrúpulos, contestaba afirmativamente á todos los proyectos de su amante. Ella también deseaba la nueva vida; estar siempre junto á Isidro, no volver á aquel barrio de traperos que le parecía ahora más sucio, más triste.

Maltrana discutió con Feli, largamente, los detalles de su instalación.

—Hay que ser prácticos—decía.—Hay que ser burgueses...

Y Feli contestaba con no menos seriedad:

—Ya verás hacer economías y vivir bien.

Isidro, en su deseo de ser práctico, buscaba una casa en el extremo opuesto de Madrid, un rincón donde no pudiesen dar con ellos, después del escándalo que seguiría á su fuga. ¡Pero los alquileres eran tan caros!...

Un sábado expuso á Feli su resolución. Ya tenían casa, al día siguiente irían á vivir en ella. Había encontrado al hermano Vicente, aquel santo loco que repartía papelillos católicos y propagaba la religión en las afueras. Vivía en las inmedia-

ciones de la plaza de la Cebada. Isidro había subido á la habitación, un piso cuarto, bajo el tejado, pero con piezas de sobra para el hermano Vicente y los viejos mamotretos de su biblioteca. Irían á vivir con él. Era un buen hombre, dulce y tolerable, sin otros defectos que su manía de santidad. Había tenido en su casa á varios obreros con sus familias, pero acabó por despedirles, á causa de los chismorreos de las mujeres y las embriagueces de ellos. No quería más huéspedes; pero el señor de Maltrana—como él decía—era un hombre cortés y bien educado, que le escuchaba en silencio, sin permitirse una burla. Al decirle el joven que se había casado, aceptó con gozo la vida en común que le propuso Maltrana.

Enumeró éste á Feli las ventajas de tal arreglo. Vivirían al otro extremo de Madrid: listos habían de ser los que les encontrasen. Sólo pagarían tres duros por la casa. Del resto del alquiler se encargaría el santo que ocupaba las dos mejores habitaciones con su balumba de libros viejos. Ellos tendrían por suyas, la cocina jamás utilizada por el señor Vicente, á causa de sus ayunos y su alimentación de pájaro; una habitación grande, en la que escribiría él, y desde cuyas ventanas se abarcaban los tejados de todo Madrid, y otra que les serviría de dormitorio... En fin: un palacio que iban á embellecer con su amor ellos que vagaban por el campo como los amantes de los idilios antiguos.

Sólo les faltaba amueblar la casa, y se dedicaron á ello con el entusiasmo de la novedad, halagados por esta ocupación que era de burgueses, según decía Maltrana.

Feli abandonó, para siempre, la casa de su padre y el barrio de las Carolinas. El *Mosco* dormía aquella mañana cansado de su expedición de

la noche anterior. Ni una duda, ni un remordimiento sintió la joven: huyó sin que dijeran nada á su alma los lugares en donde había transcurrido su vida. Sólo pensó en no hacer esperar á Isidro, que le aguardaba en la glorieta de Bilbao.

A las once entraron en la plazuela del Rastro. Feliciano apenas conocía esta parte de Madrid. Habituada á la vida semirural de Tetuán, sintió cierta inquietud, viéndose empujada por el gentío, en los alrededores de la plaza de la Cebada.

Las vendedoras, con un par de limones en una mano ó unos fajos de perejil, pregonaban sus mercancías á grito pelado. En la calle de la Ruda, tuvo que agarrarse del brazo de Isidro para poder andar sobre el asfalto resbaladizo cubierto de hojas verdes, paja mojada y escamas de pescado. Mujeres de delantal mugriento, abombado por la voluminosa panza, pregonaban el buen repollo y la fresca escarola. Los cestones de los vendedores ambulantes ocupaban el arroyo: las tiendas se apoderaban, con sus puestos exteriores, de las estrechas aceras.

Al llegar á la plazuela del Rastro, la joven descansó un instante, apoyada en la verja del monumento al soldado de Cascorro.

Maltrana parecía reflexionar, y acabó por hundir sus manos en los bolsillos del chaleco, juntando dos billetes de veinticinco pesetas y un puñado de monedas de plata.

—Guarda tú el dinero, nena. Me conozco: si lo llevo yo, me lo gasto en chucherías antes de que compremos nuestro ajuar.

Feliciano acogió con agrado esta prudente resolución, y envolvió en su pañuelo la pequeña fortuna, apretándola entre ambas manos, con un

mohín de mujer hacendosa, dispuesta á defender el dinero.

Después avanzaron los dos cuesta abajo, en el infernal estrépito del Rastro.

Abriase ante ellos la Ribera de Curtidores, con su declive tan rudo, que las últimas casas tienen sus tejados al nivel del arranque de la calle. Por encima de las cubiertas de las *Américas*, veía Feli la ondulación de los cerros amarillentos, la llanura castellana de suaves hinchazones, con su sequedad que acusa los objetos á luengas distancias.

Así como descendieron por la Ribera de Curtidores, se achicó el panorama; fué hundiéndose hasta ocultarse detrás de los tejados de los almacenes que cerraban el fondo de la calle. A ambos lados, bajo toldos de lienzo blanco, ó de sacos oscuros, estaban los puestos de los chamarileros tradicionales, que viven todo el año en el Rastro.

En el suelo, sobre viejas lonas, esparciáanse los más heterogéneos objetos: espadas con fundas de terciopelo, que habían servido en los teatros, machetes cubanos, sables corvos de la Milicia Nacional, loza desportillada, saleros rotos, vasos de porcelana remendados con groseras lañas, viejas litografías de vidrios empolvados, representando las desdichas de Atala ó las hazañas de Hernán Cortés; lienzos embetunados, en cuya negrura distinguíase una pincelada roja, que era una pierna, una mancha amarilla, que era una calva.

Los palos que sostenían los sombreros estaban unidos por cuerdas, y pendientes de ellas se balanceaban uniformes de soldado, viejas levitas, pantalones roídos por el roce, sobrefaldas de gasa

que habían sido de moda treinta años antes, sayas que olían á humedad y á polvo, delatando el olvido en los cofres de algún desván.

Otros puestos eran de géneros nuevos, y los vendedores, en vez de permanecer inmóviles, con moruna pasividad, esperando la pregunta del comprador, agitábanse pregonando la baratura de las mercancías, anunciando su procedencia de famosas quiebras. Eran los sobrantes de la elegancia, los desperdicios del capricho femenino: abalorios que ya no se usaban en los vestidos, guirnaldas de flores para los sombreros, blondas y puntillas amarillentas, envejecido todo ello por la moda antes de ser aprovechado. En otros puestos se exhibían viejos telescopios, cornetines, cartucheras de agrietado cuero, sillas de montar, y, entre las ropas mugrientas, asomaban como una primavera moribunda, las pálidas rosas de alguna casulla.

Por el centro de la calle pasaban los vendedores ambulantes con grandes cestos de quincalla, pregonando las piezas á real, desde la palmatoria al cepillo y el juego de peines. Eran golfos de poderosos pulmones, que para atraer al público se agitaban como epilépticos, corriendo en torno de su puesto, manoteando, exhibiendo sus artículos, entregándolos á ciertos compinches que se fingían compradores para impulsar á la gente rehacia.

—¡Aquí! ¡al tío que se ha vuelto loco y todo lo regala!—gritaba uno con voz de trueno.

—¡Lleven y compren! —mugía otro.—¡Aire!... ¡Marchen, marchen!

Entre la miseria sórdida y gris acumulada en los puestos de las aceras, brillaba de pronto un fulgor deslumbrando á los curiosos. Era una instalación de objetos de bronce bien fregoteados

para la venta del domingo: braseros de cúpula dorada, almireces, vasijas de cocina, y entre estas piezas, gran cantidad de revólvers vizcainos, de una baratura que hacía temblar por la suerte de los que osasen dispararlos.

Feli y su amante deseaban adquirir la cama antes que los otros muebles, y se detenían indecisos al ver en los puestos y en las puertas de las tiendas, camas de todas clases, de hierro y de madera, unas plegadas, otras extendidas, con su colchón de muelles. La muchacha deteníase asombrada por esta abundancia, indecisa, desorientada, gustándole varias á un tiempo y sin decidirse por ninguna.

Maltrana la hacía seguir adelante. Aún quedaba mucho por ver: estaban en la entrada del Rastro. Abajo, en las *Américas*, tenía él amigos, tenía parientes: ellos les indicarian lo más ventajoso.

En la parte baja de la Ribera pululaban los golfos, ofreciendo «las buenas botellas modernistas de cristal tallado... á real.» Unas mujeres atraían en torno de ellas gran aglomeración de gentes de su sexo, ofreciendo «las magníficas medias escocesas de hilo á tres reales el par.»

Maltrana se introdujo en el corro femenino, llevando del brazo á Feli. Quería que fuese para ella la primera compra que hiciesen juntos: ¡a ver!... unos cuantos pares de los más bonitos: media docena. La joven le tiraba del brazo protestando con voz queda. Era un disparate: ¿para qué media docena? Jamás había tenido tantas... No debía derrochar el dinero.

Pero Maltrana la impuso silencio fingiéndose enfadado.

—Usted, señora mía, tomará lo que le den...

Vamos, Feli, págale á esta buena mujer, ya que eres el ama del dinero... ¡Pues poco bonita que va á estar mi nena cuando meta en estas envolturas de colores sus pantorrillas de diosa!...

Se alejaron del corro, llevando ella el regalo en un paquete. Ruborizábase por el carácter íntimo del obsequio y murmuraba al oído de su amante:

—Las medias hacen reñir: es un regalo que trae mala sombra: lo he oído muchas veces. Hay que deshacer el efecto con otro regalo.

Y se detuvo ante el puesto de un chamarilero, donde se amontonaban los objetos más diversos. Acababa de ver un tintero de cristal, enorme, con una esfera dorada á guisa de tapón. Feli lo compró, después de largo regateo, entregándolo á Maltrana.

—Toma. Ya necesitas plumear, pobrecito mío, hasta que lo agotes.

Siguieron adelante, y entraron en el corralón de las *Nuevas Américas*. Allí estaban los comerciantes en grande, los que adquieren el hierro y los adornos de los derribos. Las tiendas estaban establecidas en casuchas de madera vieja, pero su inmensa balumba de objetos, no encontrando espacio en tales estrecheces, esparcíase por los callejones y plazuelas del corralón.

En un sitio predominaba el mármol y se exhibían en número considerable cruces de tumba y de fachada de iglesia, mostradores, lavabos, y hasta sepulturas, cuyos constructores se habían declarado en quiebra antes de llevarlas al cementerio. En otro lugar se amontonaban las alfombras plegadas en rollo, con intenso olor de polvo, mostrando los apagados colores desu revés. Mostrábanse las filas de herramientas industriales y agrícolas, con re-

flejos de obscuro azul, los rótulos arrancados de puertas y balcones, anunciando, con letras de oro, modistas francesas y peluquerías elegantes que ya no existían.

En las plazuelas elevábase en montañas el hierro viejo y oxidado, tan frágil por la herrumbre, que parecía próximo á quebrarse como el cristal. Eran máquinas desmontadas, cuyas ruedas yacían empotradas en el barro; calderas enormes, con el cóncavo vientre hundido en pilas de planchas rotas; y, entre estos grupos de residuos de la industria, filas y más filas de balcones en correcta formación, y verjas de jardín, guardando en sus garras el yeso de las pilastras.

Los dos amantes apenas se detuvieron en esta parte del Rastro. Atravesaron la ronda de Embajadores, llena de gente, de chamarileros libres que no podían pagar un puesto, de corrillos que escuchaban el canturreo de un crimen célebre ante el cartelón pintarrajeado con las escenas más truculentas del suceso, y entraron en otro corral.

—Esto—dijo Maltrana—es el Rastro del Rastro: lo más barato de la baratura. Los de la Ribera de Curtidores miran á los de aquí como puedan mirarles á ellos los comerciantes de la Puerta del Sol.

Al entrar vieron librerías de lance, en cuyo interior se agrupaban viejos señores de traje raído, hojeando volúmenes, hundiendo en ellos su nariz coronada por los anteojos; tiendecillas de indescriptible amontonamiento, en las que se confundían cuadros de agujereado lienzo, piezas de vidrio sucio y opaco, cofres viejos y cornucopias con el oro descascarillado y los remates incompletos.

Antiguas decoraciones de teatro, lienzos gruesos con manchas de color, en las que se columbraban restos de palacios y frondosos bosques, servían de cortinas y tabiques á estas tiendas de la miseria. El suelo era de guijarros desiguales que de trecho en trecho se hundían en el fango, desapareciendo bajo los arroyos de agua negra y hedionda. Estos callejones, oliendo á polvo y á miseria secular, con su pavimento de islas de pedruscos y mares tortuosos de fangó líquido, daban al Rastro gran semejanza con las avenidas angostas y sombrías de un Zoco moruno.

En la plaza vieron á los vendedores más miserios, con sus puestos de objetos rotos de una utilidad desconocida.

Maltrana señaló riendo algunos de estos comercios, cuyo valor en conjunto no ascendía á más de tres pesetas. Sobre unos periódicos viejos exhibíanse martillos faltos de mango, cuchillos mellados y sin empuñadura, pomos de picaporte, petacas viejas, ejemplares mugrientos de revistas ilustradas. El vendedor permanecía inmóvil, en una silla rota, sin prestar gran atención á las moscas que revoloteaban en torno de sus labios: y más para espantarlas que para atraer al público, gritaba de tarde en tarde: «á perra chica... á perra chica la pieza.»

Lo que más abundaba en los puestos era la ferretería vieja y rojiza por el óxido. Isidro admiraba la paciencia de algunos rebuscadores que, necesitando un tornillo, ó un clavo igual al que llevaban en la mano, iban toda la mañana de puesto en puesto, sin fatigarse, removiendo montones de hierro.

Algunas mujeres examinaban los puestos de vidrios, deseando sacar utilidad de sus despojos; fijándose en las grietas y desportilladuras de un

salero, de un vaso, de una botella, antes de ofrecer en junto por todos ellos cinco céntimos.

Un puesto de muñecas viejas atrajo la atención de Feli. Eran bebés que habían vivido en las casas de los ricos, y con una mejilla rota ó faltos de una pierna esperaban en el Rastro su segunda campaña, ofreciéndose á la niñez pobre, á los pequeñuelos de la miseria, obligados á buscar su alegría en este estercolero.

Una pobre mujer, con una muñeca en la mano, discutía con el vendedor, mientras su hija se agarraba á sus faldas, pugnando por tocar el desnudo monigote, que tenía la cara ennegrecida y una de las piernas quemadas.

—Dámela... La quedo—lloriqueaba la pequeña con balbuceo infantil.

Pero la madre dejó la muñeca en el suelo.

—¡Si piden tres perros, hija!... Eso es sólo pa los ricos.

Feli intervino conmovida por el gesto de inmensa decepción de la pequeña.

—Tómela usted, señora... Yo se la regalo.

Y pagó, mientras la pobre mujer le daba las gracias y la niña, con el mutilado monigote sobre el pecho, repetía á instancias de la madre:

—Gacias, señoda... muchas gacias.

Isidro, mientras tanto, examinaba las caras de los vendedores. Buscaba á uno de sus tíos, apodado el *Ingeniero*, el cual, según noticias, aunque retirado de los negocios, colocaba allí su tenderete todos los domingos.

En el otro extremo de la plaza sonaba como un quejido la música de un órgano. Las melodías gangosas llegaban á jirones hasta Maltrana, cuando se hacía un corto silencio en el vocear de los vendedores.